

Si el amarillo y el negro son, en palabras de Spengler, colores populares, el azul representa la distinción y el señorío. Pero ¿existe el azul? ¿No es un color que se está yendo siempre, diluyéndose, pese a que los pinceles más señeros se esfuerzan, desde hace siglos, en fijarlo? Esa «nada encantadora», dijo de él Goethe. ¿Lo definía, certero? Rubén lo pone al frente de uno de sus libros, y le añade unos puntos suspensivos como cifrando en ellos su evanescencia. «Azul...». ¿Y dónde está el azul en ese poemario? ¿En las campánulas de su dedicatoria a Federico Varela o, fugacísimo, en tal o cual verso; como esas nubes que yerran en las pálidas tardes de su «Autumnal»?

Cuando el menor de los Argensola se dispone a cerrar su afortunado soneto a una mujer «que se afeitaba y estaba hermosa», sentencia: «Porque ese cielo azul que todos vemos / ni es cielo ni es azul... ¿Tampoco es azul el azul? «Pues que sabemos / que nos engaña así Naturaleza», ¿es engañoso este color rey, arriba, en el celeste inmenso, como en el oleante mar de abajo? Con uno y otro se enfrentaría Juan Ramón en su «Diario de un poeta recién casado», afanado en descubrir sus sucesivas transformaciones, en captar lo instantáneo, tal los maestros franceses del XIX apresuraban sus pinceladas para apresar la luz huidiza. El mar que, a las cuatro de la madrugada, bajo un cielo verde malaquita, era para nuestro poeta «azul Prusia», adoptará en otro amanecer igual color bajo un oriente de oro vivo. ¿Cómo puede ese azul no cambiar, cubierto por doseles diferentes, si un cielo gris —él lo afirmaba— alumbraba un mar morado; un cielo blanco, un mar ocre; un cielo rosa, un mar de plata? Naturaleza engañosa —dicho queda—, que juega a sorprender el parpadeo del ojo sensible, para trocar en otra, con una sola pincelada, la tonalidad del lienzo entrevisto. «Veintiocho colores tiene el mar», dejó escrito un poeta que lleva el mar en su apellido, Joan Maragall. Pero siempre he creído que sobre ellos planea, dominante, como una poderosa

CARLOS MURCIANO

ESCRITOR

Del azul

«Si el amarillo y el negro son, en palabras de Spengler, colores populares, el azul representa la distinción y el señorío»



gaviota, el azul, ya manso, ya rebelde.

Rebelde puede ser, si pienso en la pintura de hoy, el azul de Mercedes Gómez-Pablos: febril, desafiante; manso, el de Gloria Torner, desvaneciéndose en blancos, róseos. En los cuadros playeros de José Lapayese, con barcas varadas o vencidas, el azul se enciela, violento, salpicado, generoso —no he conocido más generoso pintor—, como si se arrebu-

jase, fiero, pero protector, sobre la fatigada madera. Mas si pienso en la pintura de ayer, veo un Greco brindando azules en rebeldía, un Fra Angélico manseándolos. En el capítulo «Azul», de su libro «A la Pintura», Rafael Alberti dice del cretense-toledano: «Azul azulre alcohol fósforo Greco. / Greco azul poñozño cardenillo»; y de Fra Angélico: «De rodillas pintaba sus azules. / Lo bautizaron con azul los ángeles».

Porque Alberti hace allí un recorrido rápido pero preciso por siglos de pintura, y con versos ceñidos, a veces con uno solo, sugiere, define. Michel Pastoureau dedicó muchas páginas a redondear su «Bleu, histoire d'une couleur»; Alberti parece haberla querido resumir en sólo cuatro: «El azul de los griegos / descansa, como un dios, sobre columnas». Pero, para los griegos, el azul era el color del duelo y de la muerte. (¿Sobre columnas?). Es a partir del siglo XII cuando esa idea cambia. «El azul Edad Media delicado», escribe el portuense. Y a renglón seguido: «Trajo su virginal azul la Virgen: / azul María, azul Nuestra Señora». Entre ese azul mariano y el «azul Murillo Inmaculada», están el «azul Tiziano en oro», «dos azules Poussin sobre los pinos», el azul Guadarrama velazqueño, el «alegre azul vena de Rubens»; y entre Murillo y el «Azul Pablo Ruiz Azul Picasso», el tenue, diluido, de Goya, el «azul español en lejanía» de Manet, el transparentado en lila de Renoir. Todos cálidos, latidores, estremecidos, cayendo, despaciosos, hacia el celeste, el ultramar, el turquí, o elevándose, ágiles, como elanos en la sonochada.

Cuando llego a este punto, el cielo, nuboso, griseo, se ha abierto, subitáneo, y bajo un sol sorprendido en su intimidad, se ha derramado en azules. Recuerdo los versos del poeta: «Aunque el azul no esté dentro del cuadro, / como un fanal lo envuelve». Así, ahora, esta habitación, esta mesa, estos papeles, estas palabras que persiguen su rastro, sumiso o destellante.

NOMBRES de reconocido prestigio en el mundillo de las letras han acabado por coincidir recientemente en que hoy, por medio de la evidente merma del devoto lector engaitado con inéditas apetencias novedosas que en nada tienen que ver con la lectura, se viene escribiendo peor que ayer. Así como suena. Quiere decirse que, según el título que bautiza el presente articulo, se llevará pronto a cabo la decisión de muchos escritores de renombre —sépanse que buenos haylos aún— de cortar por lo sano una vez que sus libros vengán a descansar en paz en el nicho del estante hogareño.

Desprovisto el escritor actual del celoso lector, atento éste antes que al libro a los apetitosos concursos televisivos, a las páginas rosas y «glamourosas» de las revistas del corazón; a los «no cambié, no cambié» y a los «¡Que te calles, Karmele!» por Mariñas proclamados; tan sin perrito que le ladré el escritor, es lógico que éste, brazos cruzados por medio, se sienta un tanto derrotado, precisamente sabiéndose desde siempre uno de los seres más sociables y generosos por Dios acuñados sobre la no siempre acogedora corteza terrestre, pues no para sino para los demás viene manejando ordenador o pluma y aceptando los consejos, todavía y siempre válidos de aquel impar, torrencial, volcánico Ramón Gómez de la Serna del que, confíeselo o no, aprendí el cultivo de la metáfora como elemento esencial de la creación literaria (¡ahí queda eso!), «lo único que quedará, que ha quedado de unos tiempos y de otros», según el propio Ramón. Sólo que, claro sin posible lec-

ASFENSIO SÁEZ

ESCRITOR

Aviso: se acabó lo que se daba

«Desprovisto el escritor actual del celoso

lector, es lógico que éste, brazos cruzados

por medio, se sienta derrotado»

tor que luego lo goce, necio será cincelar aquel colorín literario de la personal «grégueria» confeccionada con la colaboración de nuestras familiares musas, como aquella que proclama que la nuez iba para castañuela de folklórica, o aquella otra que asegura que en la gran cena de gala es cuando se advierte lo que de auténtica hoja de acanto tiene la modesta escarola, y todavía otra más, por uno que no quede, tal la que asegura que hay una hora de la mañana en la que el pincel de la palmera urbana da los últimos retoques al gran cuadro del paisaje.

Íbamos diciendo, por medio el tema del lector. Tras una copiosa conversación sobre la importancia de éste en la literatura, vino uno a resultar testigo de la contestación de la involvi-

dable Carmen Conde a cierto muchacho que, tocado en verdad por la vocación de escritor, le preguntaba sobre el secreto de la buena prosa: —Mira, hijo, de cada diez cuartillas sobre un tema y tras su oportuno repaso, rompe nueve. Sólo una le será válida al lector.

¿Qué lejos hoy de la «buena pluma», que se decía antes, por medio aquella parte de una prensa ganada por todas las urgencias, revistas y suplementos dominicales ocupados por la actualidad más o menos rabiosa, a los que la literatura empieza a importarles una higa. Y sin embargo hubo un día en que la pluma llegó a interesar incluso a amplios sectores populares, según los entrañables testimonios de viejas revistas ilustradas, cuidadosamente encuadernadas para su mejor conservación —«La Esfera», «Blanco y Negro», «Lecturas», extraordinarios dominicales de ABC...—, todas ellas procedentes de las casas entrañables de nuestros abuelos, en cuyas páginas contaban los nombres de Azorín, Gabriel Miró, Fernández Flórez, Felipe Sassone... Y más tarde con los de Pemán, Foxá, Eugenio Montes, Pedro de Lorenzo... Páginas y más páginas adobadas por el color de incontables ilustraciones, auténticas obras de arte muchas de las mismas.

Ea, valga terminar la personal perorata con la inevitable petición personal, a quien corresponda dirigida: la aportación de medios que alarguen la despedida del buen escritor, retrasando en lo posible la fecha de su caducidad frente a lo que se ha dado llamar nueva cultura, a la vista está que cutre y casposita ella, promovida todos sabemos por qué y para qué.